

S U P L E M E N T O S E M A N A L D E A R R I B A

AÑO I

MADRID, 27 DE DICIEMBRE DE 1942

NÚM. 52



HUMOR SUMARIO

La risa no puede morir, por Juan Aparicio. Página 2.
Cuento triste, por Wenceslao Fernández Flórez. Página 3.
Cena en familia, por E. Jardiel Poncela. Página 4.
El grupo, por J. Miquelarena. Página 5.
La princesa relativamente encantada, por K-Hito. Página 6.
El hombre que trabajaba poco, por Samuel Ros. Página 7.
El navegante solitario, por José Santugini. Página 7.

Fin, por Edgar Neville. Página 8.
Aquella tarde..., por Tono. Página 9.
El amigo de El y Ella (Cuento persa de los primeros padres), por Mihura. Página 10.
¡Aquél sí que era un amor imposible!, por Carlos Alcaraz. Página 11.
Cuatro chistes, por Tono, Asirio, Kin y Bellón. Página 12.
Otros dibujos de Mihura, K-Hito, Eguía y Tauler.

LA RISA NO PUEDE MORIR

Por JUAN APARICIO

NO hay duda alguna de que el humorismo y la humoración se enlazan entre sí como vasos comunicantes. Yo lo confieso, al menos por experiencia propia; porque mis humores solsticiales me dictaron en el mes de julio una apología del humorismo de «La Codorniz», cuya extremosidad no suscribo en diciembre. Comienza a congelarse la sangre y a reducirse la expansión del espíritu a su «vita minima». Ya llegará el verano, y entonces puede ser que vuelvan a repetirse vitalmente aquellas palabras que fueron escritas con tanto escándalo, pasión y regodeo. Durante el estío, aligerada el alma y sutilísima y más gracil la mente, me pregunté con una sinceridad terrible y responsabilizadora: «¿Por qué irrita «La Codorniz» a tantos lectores, por lo demás pacíficos y resignados? ¿Por qué se le denosta con tan reconcentrada intransigencia por el público veterano, cuya fruición se complacía ante «La Hoja de Parra», ante «Gedeón» o ante «Muchas Gracias»? Acaso esta repulsa de una opinión parcial nos plantea la antagónica postura de las generaciones frente al humorismo. Porque si es cierto que el padre de uno de los animadores de «La Codorniz» ha llegado en su indignación a recriminar telegráficamente a su heredero, protestando por tantísima y descomunal gansada, también es cierto que los nacionalsindicalistas de la División Azul se entregan a porfía al deleite juvenil de su gracia sin retruécano. Nos ha revelado un redactor de «La Hoja de Campaña» para la División Española de Voluntarios que sus páginas se nutrieron primitivamente con los recortes atrasados de «La Codorniz», como si se hubiese preferido con esta selección no romper el contacto con nuestra antigua guerra, donde los combatientes se recreaban viendo «La Ametralladora». Ahora bien, «La Ametralladora» es el precedente plástico, literario y político de «La Codorniz», aunque sus impugnadores no se acuerden de este entronque de caricaturas, protagonistas, incongruencia y humor.

He reflexionado muchísimo sobre esta disparidad de gustos o criterios y he venido a caer en la cuenta de descubrir, por tanto, que aquí se oponen dos maneras distintas de interpretar la vida. No se trata, pues, de una oposición a la cáustica ironía, a la crítica de unas costumbres puestas en solfa o en la picota de un lápiz feroz, por una pluma que destile ácido nítrico. No se protesta ante la sátira, ni ante la gausa, ni ante la tomadura de pelo, sino sencillamente ante un punto de vista de las cosas que ya no es el consuetudinario y usual para todos. «La Codorniz» no es el «Punch», ni el «Simplicissimus», ni como ninguna de las revistas picantes de París, en las que la tercera República se recogía la falda para mostrar la liga encima de la pantorrilla. «La Codorniz» es algo más tremendamente, disparatadamente ingenua, sin segunda intención, sin recámara, sin busilis ni intrínquilis, sin veneno en el pomo. «La Codorniz» es «La Codorniz», o sea, la afirmación de nuestra época, que ofrece el rostro del guerrero con lauro y el envés de este mismo guerrero convertido en un niño; cuando más, en un adolescente. Semanario para la adolescencia, para la juventud del mundo que se enorgullece con su tiempo, reputándolo como digno de esculpirse en el friso del Partenón o sobre los pórticos de las catedrales nuevas.

Por esta supervalorización de la contemporaneidad circundante hay una mirada desestimativa ante los días pasados, en presencia de lo pretérito más próximo. Así, «La Codorniz» se ceba con lo cursi, que fué la expresión cultural y social, patrocinada—como ya sabéis—por aquellas señoritas gaditanas de Sicur, por aquella desvergüenza de España que va desde la Pepa de San Felipe Neri en 1812 hasta la noventaiochesca y estéril «Marcha de Cádiz». La Europa engendrada en Sedán, después de Waterló, la Europa fin-de-siglo es una colección de tarjetas postales, de fotografías cruelmente olvidadas y despiadadas, de álbumes desteñidos y sin palpito humano. Ahí están los residuos de un tiempo que nos fué hostil; porque trajo consigo esta polémica bélica y universal donde la juventud se desangra y consume. Por eso los jóvenes no sienten piedad hacia esa burguesía ridícula o confortable que se retrataba con cuellos de celuloide, bigotes a la borgoñona, mangas de jamón y cejijuntez en la fisonomía. A esta prosopopeya empalagosa e insoportable se le hace un guiño con ese corte de mangas que son los diálogos de los personajes habituales dentro de «La Codorniz».

Este fenómeno no es característico tan sólo de España, pues también los italianos han encontrado este rostro coetáneo del humorismo, a pesar de su gran tradición de la befa, de la facia, de la farsa italiana. Contra esos viejos estilos de divertir o fustigar a la sociedad, no han vacilado en descubrir otro estimulante de la sonrisa, de la risa y de la carcajada, creándose de esta manera el periódico festivo de la Italia fascista, que aborda los mismos temas con idénticas salidas de Tono o Mihura, allí con otros nombres; pero con semejante palpitación de la juventud. Parece ser que se ha revuelto una prendería o un almacén de antigüedades después de la lectura de cada número detonante y estúpido de «La Codorniz», ya que se produce un verdadero estupor en los recuerdos de sus lectores valetudinarios, comprobando cómo sus días de plenitud fueron tan tristes, relamidos y calamitosos; mientras que dentro del corazón de cada muchacho hay la alegría de una revolución vital, de una exaltación nacional, si se compara la armonía de su cuerpo y de su ánimo con las más anticuadas y antiestéticas chochees...

Así enjuiciaba a «La Codorniz» en medio del verano, con un tempismo realista y ardiente por la temperatura, que nos enardece, en vez de deprimirnos, en todas las ocasiones. La réplica a esta exégesis política de «La Codorniz» encuentra su argumento más espeluznante en la existencia sincrónica de lo «swing». También la gente «swing», quienes son el pecado más horrendo de nuestro siglo, lee «La Codorniz» con regocijo improductivo e insensato alborozo. Cualquier espectador dominical de las calles madrileñas, con el único esfuerzo de irse fijando en las revistas que se ofrecen a las manos de los transeúntes, puede averiguar las secretas preferencias y predilecciones del habitante de la gran ciudad. Lo que más importa al mismo son «Primer Plano», «Mundo» y «La Codorniz», reconstituyéndose de esta manera la faz cinematográfica, belicosa y regocijante de nuestro tiempo, a pesar de que muchos jovencitos y jovencitas «swing» del todo se deleiten e imiten a continuación los destornillamientos, esguinces y vocablos tontísimos de la revista festiva.

Y es que, en el fondo, el «swing», como «La Codorniz», son la contrapartida inexorable, el contrapeso psicológico, la compensación ridícula y jovial de una época peligrosamente difícil y terriblemente seria. En estas épocas guerreras y durísimas para vivir desde un rincón sarcástico, irónico y liberal no caben las posturas individuales de un humorismo lúgubre, intelectual o violento. Cuando no pasa nada en la calle ni en el campo, porque es sólo campo y no se ha convertido en escenario de batallas, puede producirse un humorismo terrorífico, inteligentísimo y cerebral, pues siempre hay dolores de muelas en el corazón del hombre, según el hallazgo del sutil humorista Enrique Heine. Pero pasado este tiempo blando y apetitoso como un queso tiene que imponerse el humorismo de la jovialidad, del gran disparate, de la mueca y de la zapateta frente a los problemas y a los temores que nos acechan cada día y que te-

nos: — la, i ni te de le Se gozo camo P pre hacie voy más tiene M seños tras ven garie ni a fuer U la m zo y genio bata que com la s desf cien rió dera que me cho M ser a un ba ra a rio, sus grae y c que die lida

(Continúa en la página 8).



El niño de la casa acaba de anunciar a los invitados que, por haber olvidado la poesía, esta Nochebuena no podrá recitarla.

la CODORNIZ

MADRID, 27 DE DICIEMBRE DE 1942 - AÑO II - NUM. 82

Cuento triste

Por W. FERNANDEZ FLOREZ

QUIZA haya tenido yo recuerdos alegres que relacionaban los Nacimientos con mi infancia. Si en mi memoria me parece que está aún allí el lugar que ocuparon, como está en una plaza el solar donde se alzó un bello palacio. Pero algo ocurrió después que borró aquellas impresiones y sé que, para siempre, la evocación de un Belén me recordaría un triste día de mi vida de hombre, y apenas mi espíritu.

Quisiera no tener que recordarlo, y si me impongo tal martirio es únicamente porque conozco y cumplo mis deberes de escritor. Sé que en una época no muy lejana los periódicos que regalaban a sus lectores con números extraordinarios por estas fechas, insertaban en ellos relatos angustiosos. Lo clásico era tratar de la Nochebuena del marino que iba sobre un mar embravecido, o del centinela que se quedaba helado entre la nieve, o de aquella famosa niña vendedora de fósforos que moría de frío en el umbral de una mansión espléndida, donde un rebaño de millonarios celebraban las Navidades comiendo como tigres y bebiendo champaña con sed de beduinos. También se ideaban historias en las que chiquillos rubios que estaban muy enfermos no cesaban de hablar, hasta en sus delirios, del Nacimiento que les habían ofrecido, y cuando el padre acababa de armarlo ante la camila del doliente, el doliente sonreía con dulzura, cerraba los ojos y se moría.

Yo nunca pude comprender bien por qué los periódicos se creían en el deber de angustiar en tal ocasión a sus lectores. O era por aguardar la fiesta, como venganza del periodista—tan mal pagado entonces—, o era, al contrario, para acrecentar su felicidad brindándoles motivo para pensar, mientras se frotaban las manos:

—Como yo no soy marino, ni centinela, ni sereno, ni vendedora de fósforos, ni tengo hijos enfermos, voy a disfrutar de la Nochebuena.

Sería un gozo emparentado con ese gozo que se siente oyendo llover desde la cama.

Pero yo respeto la tradición, que siempre tiene sus razones. Cuando aquello se hacía, por algo se hacía. Y este relato que voy a escribir es—al menos para mí—el más triste de todos los cuentos tristes que tienen como fondo la Navidad.

No importa decir cómo conocí a los señores de Jiménez. La vecindad de nuestras moradas hizo que las relaciones fueran más frecuentes, pero aun así no llegaría yo a visitarles con tanta asiduidad ni a merecer tanto cariño de ellos si no fuera por su hijo único, el pequeño Tilín.

Un día, sufriendo juntos en el ascensor, la madre llevaba en sus brazos al arropado y, por encima del hombro de su progenitora, aquel molusco me agarró la corbata y comenzó a tirar. Puse una cara que haría soltar su presa a un león, pero como en aquel instante volvió la cabeza la señora y yo sé lo que son las madres, desfiguré el gesto como si estuviese haciendo carantoñas al chico, y el chico se rió como un loco y pasó un rato verdaderamente feliz. La madre fué diciendo que Tilín había simpatizado conmigo y que yo era un señor al que gustaban mucho los niños.

No hay tal. Si yo estoy orgulloso de ser celta es principalmente por pertenecer a una raza que, en siglos lejanos, mandaba a los niños a formarse y educarse fuera de su hogar. El niño quizá sea necesario, pero es un mal. Y buena prueba de que sus primeras manifestaciones no tienen esa gracia ni ese interés que muchas personas y casi todos los escritores le suponen, es que, cuando se llega a la madurez, a nadie le agrada que le recuerden sus genialidades de criatura. Todos nos sentimos,



entonces, muy en ridículo. No es que yo pretenda cargar la culpa sobre los chiquillos, porque los chiquillos son como los producen, y me parece más justo reprochar a los padres que se obstinan en crear siempre el mismo tipo de niño, embrión del mismo tipo de hombre. Así ocurre que mientras consagramos triunfalmente nuestros esfuerzos a mejorar las condiciones y hasta el aspecto de los caballos, de los carneros, de los canes, de las patatas, de las flores, de tantos seres que nos son útiles, desatendemos el introducir necesarias reformas en la raza humana, y cuando alguien rompe con la rutina y presenta algo nuevo—como esa mujer de la Silesia, que dió a luz una niña con dos corazones—, lejos de citarla como ejemplo para que sirva de estímulo a los demás, vienen los médicos y no cesan hasta dejar al recién nacido enteramente igual a los otros.

El caso fué que la señora de Jiménez dió en decir que yo era un grande amigo de la infancia. No hay nada en el mundo como alcanzar una fama, sean falsos o merecidos sus fundamentos. Ya no se puede seguir otro camino que el que ella nos traza y hasta el fin de nuestra vida no cuidaremos sino de justificarla. No es la fama nuestra servidora, sino nosotros sus esclavos. Por otra parte, ¿quién se atreve a declarar que hasta los veinte años en la mujer y los treinta en el hombre, la compañía y hasta la presencia de los seres humanos no le parece apetecible?

La señora de Jiménez me hizo llamar un día. La encontré sumida en el desconsuelo.

—¡Ay, amigo mío—gimió—, qué disgusto más horrible voy a darle!

—¿A mí?—exclamé, y me puse a pensar rápidamente en las disculpas que opondría si me pidiese dinero.

—Nuestro pobre Tilín—anunció sollozando—va a durar poco.

Suspiré, aliviado, y procuré tranquilizarla diciéndole que el chico me parecía muy resistente y de muy buena calidad y que duraría mucho y otros consuelos que, bien

pensado, mejor parecerían referirse a una tela; pero yo no sé lo que hay que decir en esos trances y me porté lo mejor que pude.

—Hay un indicio fatal—me informo—: es demasiado listo.

—Bien, pero... muchos niños listos se han logrado...

—Ninguno como éste. Hoy le ha dicho a su tía, con su media lengua, cuando la vió dejar comida en el plato: "¡Taga, uqué, que to ta aro!"

Primero me reí levemente y luego me quedé serio, tratando de acertar, pero como ella esperaba algo más y—yo, que no me molesté en aprender el inglés ni el alemán, no tuve nunca tiempo para estudiar ese endiablado lenguaje que emplean los chinos—no entendí nada de aquella frase, terminé por rogar:

—Traduzca, señora; haga el favor.

—Lo que quiere decir—accedió ella—:

"¡Tragalo, mujer, que todo está caro!"

—¡Caramba!

—¿No es espantosa semejante lucidez?

—Lo habrá oído al alguien...

—¿A quién? No, no...; es que este

hijo mío tiene una inteligencia impropia de su edad, que le envidiarían muchas personas mayores. Como sé lo que usted le quiere, he resuelto decirselo.

Marché sin conseguir tranquilizarla. Días después volvió a llamarme. La encontré llorando.

—¡Horrible, horrible, amigo mío! Tilín se nos muere!

—¿Qué pasó?

—Estaba en la cocina cuando llegó el carbonero y preguntó: "¿Por qué no lo lavan?"

—¡Ah! Y, naturalmente, el carbonero...

—aventuré, insinuando la acción de dar una patada.

—El carbonero se quedó asombrado, hasta el punto de murmurar: "¡El diablo del chico!" Yo me fui a llorar a mi habitación. ¿Cómo se le pueden ocurrir tales cosas, si acaba de cumplir tres años? Está visto que se muere. No hay quien aleje de mí esa idea. Si no se muriese llegaría a ser

un monstruo de sabiduría, y eso no se da.

—Algunas veces...—comencé.

—No me diga que no se va a morir. Si lo sé de sobra. ¡Ángel mío, ángel mío!

¿Qué se hace en estos casos? Salí a comprar una corona de flores blancas, suponiendo que a los padres les halagaría mucho mi seguridad de que su vástago no tenía más remedio que fallecer de listo, de un momento a otro. Pero costaban mucho, o algo así... La verdad es que no llegué a adquirirla.

No tardaron en avisarme de nuevo; esta vez para hacerme admirar el Nacimiento que le habían comprado, ya que, habiendo de irse tan pronto de este mundo, no querían negarle ningún deleite. Y para que le cantase algún villancico. Me excusé, terquearon, y como lo más bucólico que conozco es una muñeira, la ataqué, imitando el redoble del tamboril. Gracias a que el chico, apenas solté el primer "rataplán", se agarró a las piernas de su padre y comenzó a mover las suyas como si quisiera subir por él, que era, en efecto, lo que pretendía; y a este síntoma de terror sucedieron otros tan evidentes y húmedos que se me dispensó de seguir cantando, lo que yo fingí sentir en el alma.

Al día siguiente fué el matrimonio a mi casa. Estaba desolado. Como Tilín tenía aquel talento y se daba cuenta de que las ovejas sirven para ser comidas, había devorado una de las del Nacimiento, y se empeñaba en engullir a las once que quedaban.

—¿De qué son esos bichos?—inquirí.

—De madera pintada y de algodón.

Parece que está digiriendo bien la primera ovejita; pero si traga alguna más... Y no se le pueden esconder, porque llora.

—Y... y... ¿si se llamase al coco?

—¿Asustarlo? Nunca. Eso perturba sus nervios y todos los médicos lo prohíben. Hay que amenazarle con un castigo. Lo que más teme él es ir a la Sierra, porque tuvimos una niñera de allí y no la quería nada. Hemos pensado que venga usted a decirle que lo va a llevar a la Sierra.

—Perfectamente. Yo voy y le digo:

"¡A la Sierra ahora mismo!" ¿No es así?

—Sí; pero con el fin de que lo crea

—porque ya sabe usted lo listo que es—se pone usted estas alforjas sobre los hombros, y en una metemos al niño del portero, que también tiene tres años, como si ya se lo llevase. Y así Tilín no dudará.

El padre apoyó:

—Como usted es tan amigo de los niños...

Bueno. Ya había accedido. El chico del portero se metió en la alforja. Compartí ante Tilín, que lloraba y extendía sus manos ávidas hacia el rebaño del Belén.

—¿Vas a comer más ovejas?—preguntó la madre.

—¡Chiii...!

—Pues te llevará a la Sierra este señor. Míralo. Es el que atrapa a los niños malos. Ahí lleva uno.

Tilín miró. Desde la alforja, el chico del portero, que nunca se había encontrado tan cómodo, le sonrió, y Tilín sonrió al chico del portero, se levantó y vino hacia mí. Su ideal ya no eran las ovejas, sino la alforja.

—Pero ¿quieres ir ahí?

—¡Chiii...!

—Muy bien. Ea, señor: llévele usted a la Sierra.

Lo metieron en el otro depósito de la alforja y me hicieron guiños para que continuase la farsa. Salí, bajé la escalera... Tilín, encantado. Su padre me animaba con gestos. Eché a andar por la calle. Una calle, otra calle... "¡Vamos a la Sierra!", anunciaba yo con voz cavernosa. No me atendía. Otra calle, otra calle... El padre, detrás, animándose... Llevaría andando tres horas cuando—me da vergüenza decirlo—se me escaparon unos lagrimones así, como puños.

CENA EN FAMILIA

Por E. JARDIEL PONCELA

A CABABAN de dar las once y la ciudad parecía enterrada en nieve, como es lo clásico. Reaumur marcaba 35 grados. Sin embargo, no se podía decir que hacía frío. No se podía decir que hacía frío porque en cuanto abría uno la boca se helaban las palabras.

Me detuve en mi camino apoyándome en el tronco de un nogal (*nogalis paradisium* para los botánicos), con el alma rebozada de tristeza, porque hora es ya de que lo diga: Mi corazón se encontraba entonces tan solitario como las calles, como los faroles y como Robinson antes de encontrar a "Domingo".

¿Por qué cuando nos sentimos tristes nos acordamos de los tiempos alegres? ¿Y por qué el recuerdo que más intensamente me asaltó aquella noche fué el de Susana?

Susana había sido lo que los franceses dicen cuando no hay nadie que se lo prohíba: "Mon amour". Nos habíamos querido tanto que cuando nos separamos ambos teníamos destrozado el corazón y las mandíbulas doloridas. Al principio, y mientras me cegó la pasión, Susana me pareció a ratos Aspasia, a ratos Margarita de Borgoña, a ratos Ana Bolena, a ratos Lucrecia Borgia; pero cuando dejé de quererla comprendí que Susana sólo se parecía a aquellas mujeres en que tenía pestañas, y que el resto de su organismo era de una idiotez que rompía los aparatos de radio. Y, sin embargo...

Sin embargo, en aquella helada noche de Navidad en que yo recordaba el pasado con la cabeza apoyada en el tronco de un nogal, era la imagen de Susana la que más conmovía mis nervios. Sollocé, y estos sollozos me separaron la cabeza del tronco. Total, que seguí andando.

De pronto, un automóvil de cuatro ruedas se detuvo ante mí. Y una mano calzada en un guante brotó de la ventanilla y me hizo una seña, mientras del interior del coche salía una voz eminentemente detergente:

—Caballero, a pesar del "frac", tiene usted cara de no poder cenar. Esta noche es Nochebuena. ¿Quiere usted cenar conmigo?

Por toda respuesta despojé aquella mano del guante, besé la mano y me guardé el guante en el bolsillo. Luego subí al auto, que arrancó en el acto: con lo que me di un trastazo en la nuca, como de costumbre.

Durante más de media hora rodamos en silencio, saturados de ese intenso olor a aceite frito, propio de los motores muy usados y de los churros sin usar. Al cabo, ella dijo:

—Le he invitado a cenar, porque me siento demasiado sola.

Y yo contesté elocuentemente:

—Hum...

Dos horas transcurrieron. Fué entonces cuando yo indagué:

—¿Vamos a cenar a Santiago de Compostela?

Y ella replicó, arrugando ligeramente las manos para hablar:

—No; es que el chófer no conoce la ciudad y se arma unos líos de calles terribles. Pero antes de las seis de la mañana estaremos en casa.

—Eso me tranquiliza.



Y ya no volvimos a hablar.

Varias veces, y con ánimo de oprimírselos dulcemente con los míos, como se hace siempre en los preludios de las historias de amor, busqué los pies de la dama en el suelo del auto; pero la dama los llevaba colgando al exterior por la ventanilla de la derecha, y tuve que renunciar a aquella delicada insinuación.

Por fin, a las tres y media de la madrugada, el auto gruñó y pasó, de ser automóvil, a ser autoinmóvil.

Quiero decir que se paró.

Era la casa de ella: un edificio señorial con puerta de cristal y hierro.

Bajé; la descendí. Ella metió su zapatito derecho en un charco; yo extendí por el suelo mi capa de "frac", como se hace siempre en España en estos casos, y cuando la hube extendido, obligué a la dama a pasar por otro lado para que no me la estropease.

Timbrazo. Acudió un criado y avanzó delante, encendiendo luces y separando cortinajes. Un amplio vestíbulo, un saloncito decorado de terciopelo, dos gabinetes rúmbicos, otro salón cimbriado, una sala de billar trolísea y al final de toda esta suntuosidad, el comedor, lleno de polivalencias.

La dama se acomodó en su sitio ante la mesa servida, y yo en el mío. Y comenzamos a cenar, haciéndonos un lío con los cubiertos, como le sucede siempre a la gente del gran mundo. No sé si acertaré a trasladar al papel el diálogo que, ya frente a frente, sostuvimos. Fué extraño como un boer.

—¿Conoce usted Roma? — dijo ella.

—No, señora.

—¿Y Strasburgo?

—Tampoco.

—¡Ah!

Y hubo una pausa espesa.

Después hablamos mucho rato de maquinarias agrícolas. Hasta los postres. A los postres comprendimos ambos que había que hablar de amor.

—¿Tiene usted forjado su ideal de mujer?—exclamó audazmente ella.

—No. Soy tan perezoso... Y luego, este año apenas he utilizado el cerebro. ¿Y usted su ideal de hombre?

—Tampoco. Vivo muy de prisa y no tengo tiempo para nada.

—¿Le gustaría a usted yo, señora?

—¡Pchs!—murmuró la dama.

Y en seguida añadió:

—Y a usted le gustaría yo?

Yo, por toda respuesta, me alcé de hombros.

—Hemos nacido el uno para el otro—respondió la dama levantándose.

—Es indudable—repliqué.

Entonces y sólo entonces, al entrar en el "boudoir", me asaltó la espantosa sospecha.

Entonces y sólo entonces vi claro: la dama anfitriona, la que acababa de revolverme la cena de No-

chebuena, se parecía de un modo extraordinario a Susana, a aquella Susana que...

La interrogué anhelante.

—Pero ¿es posible? Entonces... ¿Es que no te he conocido? ¿Puede uno olvidar tantas cosas íntimas de un modo tan total en...?

Pero la respuesta de ella me dejó helado.

—Yo no soy Susana. Susana era mi madre, papá.

Sali de la casa sin sombrero, con los cabellos erizados y el "frac" en total anarquía.

¿Qué noche!

¿Qué horror!

Mi hija... Al cabo de los años, en estas circunstancias...

Recorrí varias calles sin rumbo. Llegué a la orilla del río; y cuando ya iba a tirarme, recordé de pronto...

Fué una suerte recordar aquello. Recordé de pronto, que lo que yo había tenido con Susana no era una hija, sino un hijo.

Mi hijo Mariano, que estaba en Logroño, empleado en el Catastro.

Pero si no llego a recordarlo a tiempo, me tiro al río y me ahogo.

Para que luego digan que la vida no pende de un hilo...

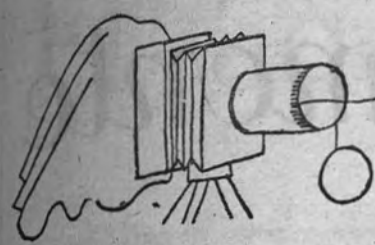
Por eso, antes de suicidarse, conviene reflexionar mucho.



LARRA, 8
Teléfono 32610

REDACCION,
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE

"ARRIBA"



El Grupo



BELLO CUENTO EXTRANJERO TRADUCIDO

Por J. MIQUELARENA

I

El señor Delbosque leyó una vez de más el billete de invitación que había recibido. ¿Quién se estaba aquella señora Delpuente que le convidaba a almorzar?

—¡Señora Delpuente!... ¡Señora Delpuente...! Esto no me dice nada de todo.

He aquí las reflexiones que se hacía el señor Delbosque.

De todas las maneras, no era punto un error de dirección, porque en el billete aparecía escrito con claridad su nombre: señor Delbosque. ¡Y el señor Delbosque se estaba él!

El señor Delbosque comenzó a vestirse con aquella preocupación, mientras pensaba que las invitaciones de este género son bastante divertidas. ¡No saber a dónde se va ni qué es lo que se quiere de uno! ¡Qué maravillosa rigolada!

II

—Pase usted, señor—le dijo una buena muy gentil—. La señora os espera.

Y se le hizo penetrar en un pequeño salón tendido de seda amarilla y decorado con retratos de Napoleón Bonaparte, de Sacha Guitry y del señor Poincaré. También había allí algunas poterías.

Reclinada en una silla larga, con cierta nonchalancia, estaba la señora Delpuente. La señora Delpuente le ofreció el dorso de su mano, para que la besara.

—¡Marta! — exclamó el señor Delbosque.

La señora Delpuente sonrió, y colocándose un lindo dedo rosado en la boca, reclamó con un gesto expresivo un pequeño poco de discreción en el señor Delbosque.

Algunos momentos más tarde, llegaba un señor, de gesto severo, al saloncito tendido de seda amarilla.

—Mi querido—dijo la señora Delpuente, dirigiéndose al extraño nuevo personaje—he aquí al señor Delbosque, del que tanto os he hablado.

Y añadió, segundos después, dirigiéndose al señor Delbosque:

—Os presento al señor Delpuente, mi marido desde hace unos días.

El señor Delbosque se creyó entonces obligado a ofrecer al señor Delpuente esta frase espiritual:

—Señor Delpuente: le felicito de todo corazón por haberse casado con la señora Delpuente. La señora

ra Delpuente es, según mis noticias, una mujer encantadora.

—¡Esa es también mi opinión! —exclamó el señor Delpuente.

III

Minutos después, penetraban en el saloncito cinco caballeros más: el señor Delatorre, el señor Ribera, el señor Casanave, el señor Delaselve y el señor Tenedor.

En las presentaciones se invirtió una hora y algunos minutos, porque ninguno de los señores conocía a cualquiera de los otros señores, y el señor Delpuente tampoco. Ellos sólo conocían a Marta.

Pasaron luego a la sala de comer y todos se pusieron de acuerdo en que el supremo de lenguado era perfecto, y que la misma cosa podría decirse del asado, de los crudos, de los frutos y del soplado con ron.

IV

Terminado el almuerzo, pasaron todos los ocho a una nueva cámara, donde los seis invitados vieron seis sillas, alineadas en dos filas: tres pequeñas sillas delante y tres grandes sillas detrás. De frente a las seis sillas pudieron contemplar a un fotógrafo preparado con su máquina de retratar de trípode, de gran objetivo cilíndrico y de paño negro.

—¡Mis queridos amigos!—exclamó entonces el señor Delpuente—, la señora Delpuente me suplicó hace días que le permitiera colocar sobre los muebles de nuestra casa las fotografías de ustedes, todos los seis, como un excelente recuerdo lejano de sus buenos tiempos anteriores a nuestro amor. Yo he accedido de buen grado, porque yo estimo que el pasado de una mujer, por muerto que sea, tiene un

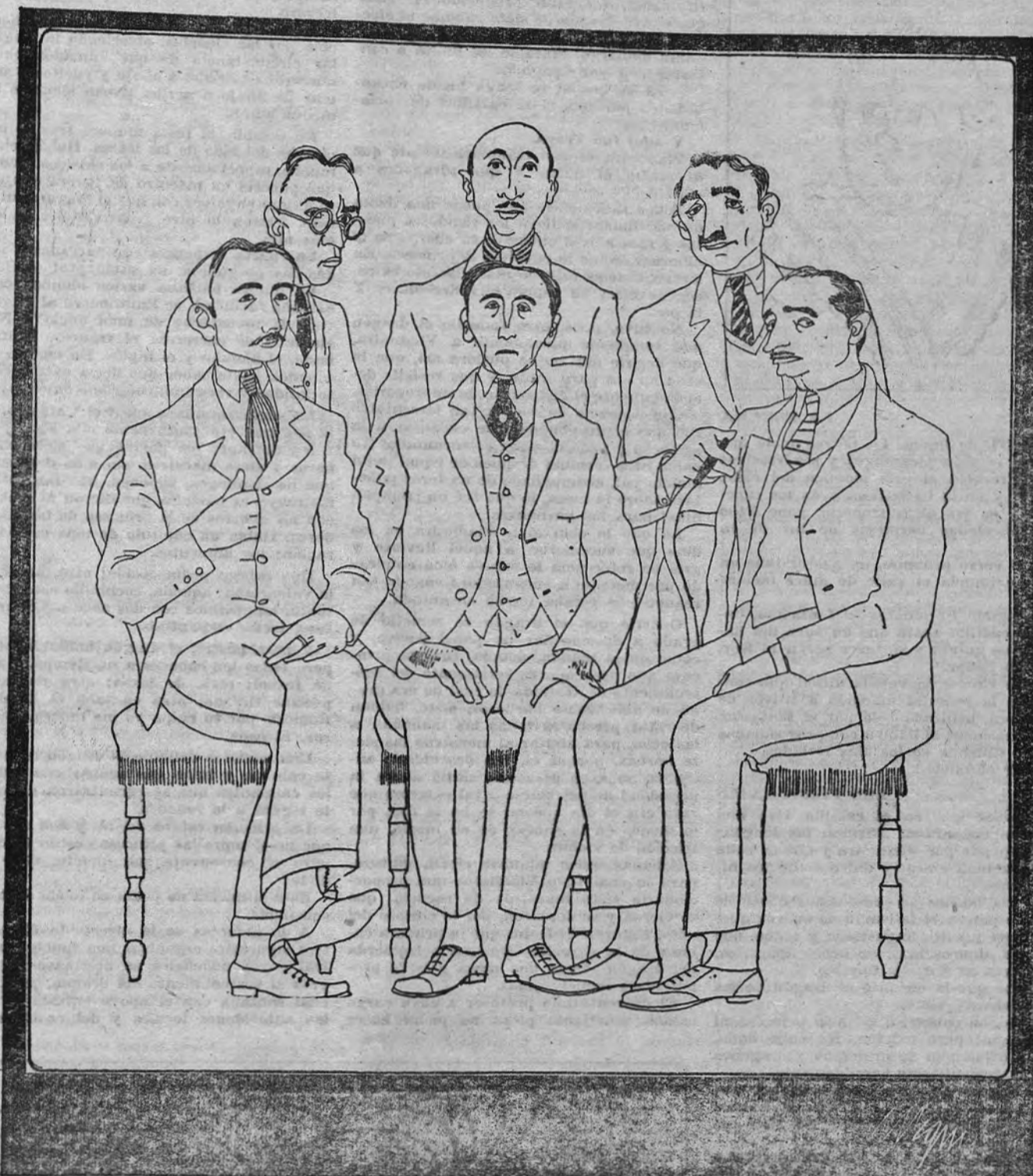
poco de derecho a permanecer en su historia como un perfume distante. Pero yo les ruego que no olviden el elevado precio que han alcanzado, en estos pobres días de hoy, los marcos de las fotografías. ¡Seis marcos, el me parece, son demasiados marcos! Es por eso que yo les suplico que se sienten los seis en las seis sillas, los tres más pequeños delante, y los tres más fuertes detrás, para que hagamos hacer un grupo...

V

El señor Ribera, el señor Casanave y el señor Delaselve se sentaron delante; el señor Delbosque, el señor Delatorre y el señor Tenedor se sentaron detrás.

Y el fotógrafo dijo:

—Ahora, un poco de serenidad, mis queridos pequeños señores. Resten tranquilos porque va a salir el pequeño pájaro...



La Princesa relativamente encantada

Por K-HITO



LA ESCENA

SOL de lluvia. La pétrea mole que escalan jaramagos y madre selvas recorta el gris plomizo del cielo, y en la barbacana y en los canecillos y en las altas troneras pone Febo unas pinceladas bermejas de luz de la tarde.

En el cerro próximo, un pastor tañe su flauta e inunda el valle de dulce melancolía.

Leovigildo Fernández, el fantasma, habitó el castillo hasta que un buen día llaron su quinta y se fué a servir al Rey, nuestro Señor.

Borró Cronos la vereda difícil que conducía a la señorial mansión a través de la maleza, utilizada sólo por el fantasma para descender al llano a comprar sábanas de hilo finísimo en los días feriados.

Desde entonces...

LOS PERSONAJES

Cuéntase que en el castillo vive una princesa encantada. Afirman las lenguas que responde por Vladimira y que es bella como la luna clara, y dulce como los higos secos.

En las noches serenas, despréndese de la mole pétrea el talismán de su voz quejumbrosa y sutil, angustiada y tenue, que sabe de amores idos, de besos apagados, de amanes en flor. Es terrible.

Dícese que la encantó el dragón de las siete cabezas, siete.

Nadie, en concreto, vió a la princesa ni al dragón; pero existen. No cabe duda. Si la existencia de princesas y dragones los cuentos sufrirían horriblemente.

El dragón de las siete cabezas es verde esmeralda, como corresponde a todo dragón que sepa dónde tiene las siete cabezas.

EL DRAMA

Llámanse el dragón Mafaldo, y, a diferencia de otros dragones, se caracteriza por su amor a los pobres, por su hombría de bien y por su elevado concepto de la dignidad. Inútil es decir que dragones como Mafaldo quedan pocos.

En cambio, la princesa—y sin que esto suponga preferencia alguna por el dragón—, no es tan bella como la luna clara ni tan dulce como los higos secos.

El dragón, con todas sus buenas cualidades, no consiguió otra cosa que medio encantar a Vladimira. Porque Vladimira es de media casta.

Mafaldo tuvo siempre para la princesa la más dulce de sus siete sonrisas; pero qué si quieres arroz, Vladimira. No pasa para nosotros inadvertida la difícil tarea de encantar a una princesa cuando la princesa, leas a encantar, silba, tararea una canción o, lo que es peor, se pone a cocar papeles pintarrajeados en los vasares de la cocina. Entonces no hay modo.

Aquel día lluvioso y profundamente sentimental, Vladimira se había sentado a la mesa aun con los rizadores puestos, síntoma espantoso para la paz de un hogar.

Mafaldo, amable como siempre, se limitó a decir que los garbanzos estaban duros, empleando para ello la perifrasis, con el fin de evitar cualquier réplica violenta.

Fué entonces cuando la princesa respondióle agriamente, en forma poco protocolaria:

—Si los quieres, los tomas y si no, los dejas.

Estas palabras, sin fuerza alguna de captación, hubieran producido en cualquier otro dragón de siete cabezas el efecto que es de suponer. Y, sin embargo...

Sin embargo, Mafaldo, se limitó a contestar con voz apagada:

—Ya sé que si te tengo medio encantada es por mis siete cartillas de racionamiento.

Y aquí fué Troya.

Vladimira repuso traumáticamente que ni medio ni nada. Y que ¡dragones a ella!

Todos sabemos lo que puede una dama de mal humor si lleva los rizadores puestos y más aún si envuelve su cuerpo en el albornoz, como lo envolvía la princesa. En circunstancias tales lo más discreto es recoger velas, en espera del desenlace. Y la paz.

No tuvo, pues, otro remedio el dragón que someterse plenamente a Vladimira, que decirle que no se pusiera así, que la cosa no era para tanto, y que resistir denodadamente el chaparrón de improperios.

Consecuencia de escena tan lamentable fué que el dragón dejó de encantar a la princesa y pasó él a ser el encantado. No había otra fórmula después de aquel ¡aquí mando yo!, acompañado de un feroz pufetazo sobre la mesa, lo que fué un ¡rompan filas! para los garbanzos.

Lo que le ocurrió a Vladimira en los días que sucedieron a aquel lluvioso y gris de referencia le estuvo bien empleado por meterse a encantadora cuando tan requetebién estaba medio encantada.

Ocurrió que el dragón se sometió de grado a desempeñar un papel pasivo, y como quien manda, manda, tuvo la princesa que preocuparse seriamente del sostenimiento de Mafaldo, lo cual no era grano de anís. Siete barberos, siete, habían de estar presentes todas las mañanas, a las ocho, para afeitarse al monstruo las siete barbas, porque él, tan descuidado antes en su aseó personal, sintió ahora la necesidad de acicalarse a tal extremo que raro era el día que no se hacía dar, por lo menos en la cabeza de en medio, una fricción de violeta.

Además quiso adquirir cierta cultura, para lo cual tuvo Vladimira que proporcionarle siete maestros de escuela, que se vieron y se desearon, por lo curioso del caso. Figúrese el lector que la primera cabeza de la derecha—derecha e izquierda del dragón—tenía una masa gris de proporciones reducidísimas.

El desventurado profesor a cuyo cargo estaba semejante pleza no podía hacer

otra cosa que leerle el «Juanito», sin la completa seguridad de que asimilase la lectura.

La cabeza segunda mostraba predilección por las ciencias, ofreciendo la singular circunstancia de que sumados unos números de arriba a abajo y vueltos a sumar de abajo a arriba daban siempre la misma suma.

En cambio, la testa número tres se inclinaba del lado de las letras. Había leído mucho, especialmente a los clásicos. Hubo que ponerle un maestro de fuerza que no se dejara envolver con que si Sócrates dijo esto, Platón lo otro y Aristóteles lo de más allá.

La cuarta respondía con pareados a todas las preguntas del sabio profesor.

La quinta hablaba varios idiomas con extraña facilidad, no limitándose al «Ávez vous la moustache de mon oncle?» No. Hablaba de carrerilla el francés, el italiano, el alemán y el inglés. En cuanto al español, baste saber que decía extraterrestrialidad y verosimilitud como quien lava.

La sexta estudiaba para el Catastro, y la séptima era tonta como ella sola.

No obstante los gastos que siete barberos y siete maestros, sin más descanso que los domingos, suponen, no eran éstas las mayores partidas que dieron al traste con los ahorros de la princesa de los rizadores. Había un capítulo de más consideración: los alimentos.

Una cabeza pedía cocido; otra, arroz a la valenciana; aquélla, cochinillo asado; la tonta, langostinos con dos salsas... Espantoso, lector, espantoso.

Y para postre, el dragón hablaba solo; pero todas las cabezas a un tiempo. Una, de fútbol; otra, de toros; otra recitaba poesías tiernas; otra cantaba el «Pedro Romero, por tu culpa yo me muero, aque-ro». El caos.

Una noche le dolieron al dragón las siete cabezas y hubo que acabar con todos los calmantes que se encontraron en siete leguas a la redonda.

La princesa estaba triste y con razón, que no siempre las princesas están tristes para el consonante con alpiste, viste y diste.

Esta situación no podía en modo alguno continuar.

A la princesa se le ofrecía la disyuntiva siguiente: organizar una función teatral cuyos beneficios se destinasen íntegros al sostenimiento del dragón, para lo cual contaba con el apoyo entusiasta de las autoridades locales y del casino del



pueblo, o dejarse medio encantar de nuevo y que fuese el dragón quien corriese con los gastos.

Esto último, en verdad, ya lo había intentado una noche en que, sentada al piano, le dijo a Mafaldo:

—Estoy encantada.

Pero el dragón, con una sonrisa irónica difícil de describir, respondió:

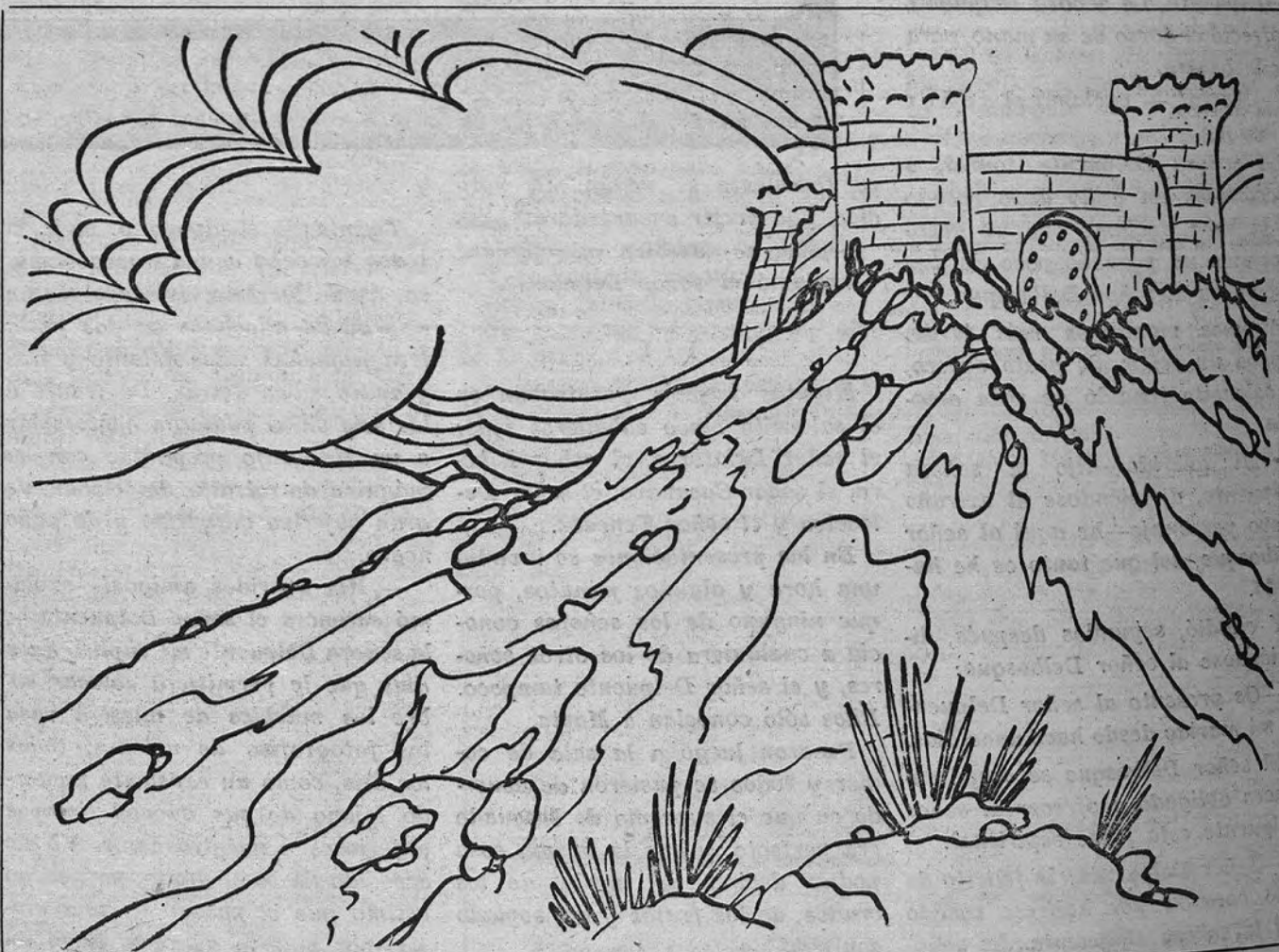
—El que está encantado soy yo.

TELÓN

SOL de lluvia. La pétrea mole que escalan jaramagos y madre selvas recorta el gris plomizo del cielo, y en la barbacana, en los canecillos y en las altas troneras pone Febo unas pinceladas bermejas de luz de la tarde.

En el cerro próximo un pastor tañe su flauta. Que tañe.

La paz paradisiaca reina en el interior del castillo. Vladimira ha quitado los papeles de colorines que ocultaban los vasares de la cocina y, sin rizadores, interpreta al piano el «Nocturno», de Chopin. El dragón ha salido. Fué contratado como principal «personaje» de una película titulada «El dragón de las seis cabezas». Y es que una la ha perdido por su princesa Vladimira.



El hombre que trabajaba poco

Por SAMUEL ROS

INTIMAMENTE siempre estaba descontento de su trabajo; no de la cantidad, pero sí de la cantidad. El era escritor, y cuando después de ocho horas largas de encierro recontaba las cuartillas de la jornada, el alma se le caía a los pies, de puro desengaño: total, seis o siete cuartillas cuando más. Entonces se reprendía a sí mismo, y haciendo el examen crítico del tiempo de encierro, se encontraba fatalmente con que de las ocho horas se había pasado cuatro con los ojos puestos en el techo cogiendo de allí las ideas, como los racimos de uva de un emparrado. Descontando, además, el tiempo de liar los cigarrillos y de releer lo escrito para corregirlo, el escritor veía claramente que no había trabajado más de tres horas, y... esto era intolerable. INTOLERABLE.

Lo peor de su situación era que no encontraba forma de solucionar su conflicto, pues siempre que había intentado superar el número de cuartillas quedaba descontento de su trabajo y terminaba rompiéndolas, lo que era igual que no haber trabajado absolutamente nada.

Sus amigos, gente activa—abogados, médicos, industriales y agentes comerciales—, contribuían a aumentar el descontento del escritor con su actividad pregonada. Dejando aparte los beneficios económicos, el escritor comprendía su ridículo cuando frente al trabajo de los otros tenía que presentar sus seis o siete cuartillas... menos que un par de cartas. ¿Quién sería capaz de defender su esfuerzo frente al torbellino de los dispensarios, hospitales, bufetes, establecimientos, Bancos, Consejos.

Había algo peor aún para el escritor, y era el eterno reproche de su familia para su maldita pereza. Ante su familia, él no sabía nunca cómo justificar la exigua cantidad de su trabajo. Y como los niños remolones en las faltas escolares, tenía que recurrir muchas veces al engaño quejumbroso: dolor de cabeza, angustia, vómitos de bilis... Pero la mentira flotaba siempre sobre sus palabras y en los ojos de enfrente encontraba las luces de esta implacable condena: «Te pasas la vida pensando en las musarañas.»

El escritor, en los ratos largos de su soledad—una soledad de muerte que acariciaba toda su fisiología—, interrogaba a su conciencia para que ésta le diese las exactas razones de la condena. Pero su conciencia estaba de acuerdo con su trabajo y se sentía plenamente satisfecha de la labor conseguida. Su conciencia destilaba orgullo por las seis o siete cuartillas diarias que al fin componían un libro de los que nada tienen que ver con los relojes que miden el tiempo. Su conciencia, lejos de condenarle, criticaba la injusticia de los otros. Pero...

Los otros existían, existían siempre vivos y alerta, como banderas con viento constante frente a él, que cada día parecía más un hombre enterrado, destilando un pensamiento lento que se enredaba a la vida como una planta trepadora. ¿Por qué la gente «miraba» su trabajo, como si continuamente espíasen la crecida de sus cabellos?

Su fatiga constante de hombre eternamente intoxicado jamás encontraba alivio frente a la fatiga muscular de sus amigos: abogados, médicos, industriales y agentes comerciales. Mientras los otros abrían las válvulas de escape de sus quejas al fin de la jornada, él tenía que callar, avergonzado, su auténtico cansancio de trabajo; trabajo exiguo de seis o siete cuartillas que le dejaban débil y mareado como esas madres que alimentan con sus pechos flacos a sus hijos robustos. Al salir del encierro, con ganas de gritar su cansancio, frente al hielito de su familia, el escritor había sentido muchas veces clavarse los ojos hacia adentro, como queriendo incrustarse en su cerebro hasta no ver nada de fuera.

Cierta día, ante un agobio económico superior a los de costumbre, la mujer del escritor rompió el saco de los reproches hasta no dejarle ni el pan ni el agua de la más leve disculpa. Entonces la frase disfrazada en los ojos tomó corporeidad de palabra... Palabras densas y pegajosas de las que resisten al viento para flotar sobre las cabezas como las nubes de tormenta:

—«Te pasas la vida pensando en las musarañas...» «Siempre tienes ojos de sueño...» «Nos moriremos de hambre por tu maldita pereza.»

—¿Qué quieres que haga yo, mujer? —Fue lo único que se atrevió a replicar el escritor.

—¡Trabaja! ¡Trabaja!—decía su mujer con odio de clase. Como se pronuncian esas palabras en los mítines políticos.

Y los oídos del escritor recibieron du-

rante una hora larga una pedrea de improperios y de prosperidades del trabajo ajeno, junto a la bancarrota de su trabajo perezoso. La voz del hombre, débil y desahogada, era frente a la voz fuerte de la mujer como el harpa ahogada por el estrépito de los clarines:

—Es tarde. Es tarde... ¿No ves que yo no soy médico, ni abogado, ni comerciante?... ¿No comprendes que en otro trabajo todavía ganaría menos?

—Pues trabaja más en lo tuyo; si eres escritor, escribe de verdad... ¿No te das cuenta de que seis o siete cuartillas son una ridiculez para un hombre que se llama escritor?

—No puedo más, mujer; lo he intentado inútilmente... No me gustan mis cuartillas cuando rebaso esa cifra.

—Pues los otros escriben diez veces más que tú... Y, en último término, para lo que te pagan...

—Bueno, bueno; procuraré complacerlos... Dime: ¿Cuántas cuartillas crees que debería escribir?

La mujer del escritor sacó de un bolsillo la libreta de los gastos y de los in-

gresos, y relacionando unos con otros espetó esta dolorosa declaración:

—Necesitas hacer, por lo menos, cuarenta cuartillas... por lo menos.

—¿Cuarenta?... ¡Dios mío!... Cuarenta cuartillas de su pobre cabeza.

Y así fue cómo el escritor aumentó las horas de encierro hasta doblarlas, sin conseguir más que doblar también el número de cuartillas... Porque para escribirlas, no tenía más remedio que clavar los ojos en el techo, liar muchos cigarrillos y tachar todas las cosas fáciles que se encontraban en la punta de su pluma reclamando su puesto de circulación obligada... ¡Cada vez le era más difícil encontrar racimos de uva madura en el emparrado del techo!

El escritor llegó a parecer un «Ford» viejo, uno de esos «Ford» obligados a caminar por caminos vecinales con erupción incurable de baches; sin aceite en el motor; con desolladuras en la carrocería; clavos en los neumáticos y carbonilla de siglos en los cilindros... El escritor, como esas bombillas que lucen a un voltaje superior a sus fuerzas, amenazaba con fun-

dirse de un momento a otro, y lo peor era que ni aun así podía mostrarse fatigado del trabajo frente al pregón de los demás... ¡y las cuarenta cuartillas de su mujer estaban tan lejos, tan lejos, que le era imposible alcanzarlas!

Cierta vez, el escritor no tuvo más remedio que transcribir varias páginas de un libro por considerar la cita necesaria para su trabajo. Aquel día, al recontar las cuartillas, conseguida la cifra, había llegado a veinte con poco esfuerzo y sin que el cansancio le abrumara como de costumbre. Esto fue una revelación que le dejó perplejo, porque...

Porque el escritor comprendió perfectamente que sus manos tenían una capacidad de trabajo muy superior a la de su cabeza. El no había pensado nunca en este desequilibrio; él había escrito siempre con dolor, pero de pronto se encontraba con que el escribir podía convertirse en un gran placer, a condición de que su cabeza no tomase parte en la tarea.

Pensando en este hallazgo, el escritor entrevió la posibilidad de complacer a su mujer, porque el número aplastante de cuarenta cuartillas antes tan lejano e inasequible se acercaba de pronto a sus ojos haciéndose posible y aun fácil por el nuevo procedimiento de escribir recién descubierta.

La tentación le venció pronto, y al cabo de no muchos días de lucha, el escritor se lanzó decidido a copiar el *Espasa*. Se lanzó valientemente, sin liar los pitillos que ya no necesitaba fumar. Sin tener que cazar las cosas en el techo de su despacho, sin sentir en la cabeza abierto aquel terrible agujero por donde las cuartillas le chupaban antes la vida.

Con el nuevo sistema desapareció su cansancio de hombre envenenado, desapareció también su antigua vergüenza cuando se encontraba con sus amigos activos de vida atropellada y pudo por fin quejarse, quejarse fuerte, frente a todos, de un trabajo que si no le fatigaba, podía al menos exhibirse en montón abrumador.

Su mujer comenzó a cuidarle con cariño y a consolarle con tiernas palabras de reproche por el esfuerzo que podía minar su salud... Porque no fueron ya cuarenta, sino cincuenta, setenta... cien cuartillas, y su hija que era mecanógrafa, y sabía, por tanto, lo que cuesta escribir, pregonaba su asombro por el trabajo de su padre, superior al rendimiento de una magnífica «Royal», y le admiraba con pasión exagerada de hija «mantisima».

En la vida del escritor, todo cambió: en lugar de vivir tímidamente agazapado en sí mismo, vivía gallardamente erguido, entre los médicos, los abogados, los industriales y los agentes comerciales. En lugar del hielito de su familia, encontraba al fin una tibia solicitud que le convertía en jefe querido y respetado. A los agobios económicos que pespunteaban su vida de colapsos mortales, había sucedido un bienestar confortable que le permitía respirar por vez primera a pleno pulmón. La soledad y el silencio anterior se habían transformado en continua compañía de admiradores y periodistas que cazaban sus palabras como si fuesen de oro.

De la casa del escritor había desaparecido aquella angustia de hombre que después de comer no sabe si encontrará en su bolsillo el dinero suficiente para pagar la cuenta... Ahora cogía la pluma de otra forma, con la seguridad del que sabe que puede escribir sin interrupción durante años enteros... Ahora ya no miraba los rincones y el techo con miedo de que estuviesen agotados. Ahora el escritor acariciaba la larga fila de tomos negros con el nombre *Espasa*, dorado, y se sonreía satisfecho y feliz de encontrar allí la continuidad de su trabajo, el filón seguro que no se agotaría nunca y a él le permitiría vivir sin sobresaltos, felizmente rodeado de los suyos y sinceramente compadecido por su trabajo improbable de cincuenta, setenta, cien cuartillas.

Los lectores se hacían lenguas de la erudición y cultura del escritor. Los directores de periódicos no cesaban de pedirle artículos y más artículos, y hasta los compañeros que empleaban el mismo sistema estaban asombrados de lo bien que copiaba el otro el *Espasa*...; copiaba como debe hacerse: sin añadir ni quitar una coma...

Y cuanto más escribía el escritor, más descansado estaba, más feliz era, mejor silbaba sus valseos favoritos...

A los tres meses de *Espasa*, todavía estaba en la A, y aunque viviera noventa años no llegaría a alcanzar la B. ¡Qué dicha!... ¡Qué descanso para su cabeza! ¡Qué placer para sus manos!

¡Qué pequeña era ya su conciencia!... Como una lenteja.

El navegante solitario

Por JOSE SANTUGINI

UNA caracola—elemento decorativo presidencial en la cómoda materna—había llevado a sus oídos, desde muy niño, el eco disecado del mar; fue ella quien le confió en voz baja, como si se tratara de un secreto, una imitación del ruido intermitente del oleaje el gemir del viento en las velas, el fragor de la tempestad sobre el océano, y quien, más tarde, tomó voz de sirena para aconsejarle la huida.

Y varias novelas de aventuras le condujeron, sin preocuparse de cartas geográficas, a través de todos los mares. Aprendió entonces algunos gritos de abordaje, que estimó muy útiles, y unos cuantos juramentos que hubieran carecido de importancia de no acompañarles cuatro o seis signos de admiración colocados al principio y al final de cada uno.

Caracola y andanzas de piratas dieron matiz verdeazul a su niñez. Concluida ésta, los años mozos definieron la inquietud, hicieronla deseo, deseo inaplazable, y un buen día, el hombre del mar que no conocía el mar, fue en su busca.

El mar le esperaba, disfrazado de estanco, en un puerto cualquiera. Habían puesto sobre el agua sucia unos barcos, quizá con el propósito de ocultarlo a las miradas de los turistas, y el amigo del mar buscó inútilmente el gesto de bienvenida que esperaba.

Aquella primera cita tuvo el sabor de un desengaño.

—Bueno: hoy, no. Pero mañana, a las siete de la mañana, iré a la playa. ¿Irás tu?

Una gaviota le trajo la respuesta en un grito:

—Sí.

No se retrasaron ninguno de los dos. El llegó a la playa a las siete, y el amigo mar estaba ya allí esperándole, con una leve inquietud hecha olas.

Se reconocieron.

El—el hombre—tenía los ojos grises, y la piel, joven aun, dispuesta a plegarse en cuanto el mar quisiera; el otro, demasiado limitado quizá, por la tierra y por el cielo que allá en la lejanía se juntaba con el agua, era, sin embargo, y a pesar de no ser azul ni verde, sino ambas cosas a la vez, tan

magnífico como el hombre había imaginado.

¡El mar!

Le saludó quitándose el sombrero, y el mar correspondió inmediatamente al saludo, llegando hasta sus pies, sumiso, como un animal ante su amo.

Todos los barcos tenían completa la tripulación. Con palabras en idiomas distintos, pero con idénticos ademanes de repulsa, fueron rechazándole. Rechazándole; ¡como si el mar les perteneciese a ellos exclusivamente!

El amigo del mar recordó que cierta vez, al ir a visitar a un individuo de posición mucho más elevada que la suya, el portero no le permitió subir al piso. No obstante sus protestas, y que entonces pensó que más le hubiera valido no conocer al amigo y conocer al portero, como ahora, con igual lógica, le valdría más no ser amigo del mar y serlo, en cambio, de aquellos hombres.

Alguno, al verle tan tímido, con el sombrero en la mano y el alma en los labios, le miró de arriba abajo, burlón.

—¿Por qué no vas a aquel trasatlántico y tomas un pasaje de primera?

Le negaban el derecho al mar. «¡Al abordaje mis leones! ¡Sus y a ellos, voto a mil pares de centellas!...» ¡Ah, si supieran los que le rechazaban el marino que había dentro de él, no obstante su gesto ingenuo y su cuerpo débil!

Durante unos años trabajó afanosamente en distintos oficios, desagradables oficios de tierra adentro; guardaba casi íntegro el dinero con ellos logrado, y cuando éste fue bastante, compró aquella barca de vela que había de llegar a ser célebre. «La Gaviota» se llamaba; pero él—que desde muy atrás sabía qué misión heroica había de cumplir—la bautizó con el de «La Intrépida», nombre que la definía, al mismo tiempo que la distanciaba de las demás barcas.

Entabló amistad con un periodista falto de tema para sus cuartillas. Y él habló al periodista de su gran amor al mar, de su calvario y de sus proyectos.

—¡Interesante, interesante! ¿Y cómo dice usted que se llama? ¿En dónde ha nacido? ¿Cuándo piensa lanzarse a esa

(Continúa en la página siguiente.)

F I N

Por EDGAR NEVILLE

SE venía diciendo hacía mucho tiempo: la gente se moría cada vez más y cada día se hacían menos abriguitos de punto. Por si era poco, vinieron dos guerras seguidas de epidemias; la muerte era el pan nuestro de cada día. Hasta los que tenían que dar ejemplo de vida, que son los centenarios, se morían también; era espantoso; se morían hasta los portugueses...

Era tan inevitable la catástrofe, que la gente la había aceptado sin histerismo; pero el tono de la vida había cambiado, adaptándose a la realidad. Ya no se daban citas, ya no se decía: "hasta mañana"; la gente vivía al día, a la hora, preocupándose sólo de morirse lo mejor posible, de morirse sobre el lado derecho.

Hubo un momento en que apenas quedaba nadie, y los pocos que eran se reían al cruzarse en la calle, estoicos ante lo inevitable.

—Y usted, ¿cuándo se muere?—se oía decir de vez en cuando.

La Tierra se puso nerviosa y se sacudió varias veces; Italia dejó de tener la forma de una bota.

Y una mañana no hubo nadie para hacer los desayunos: es que se había muerto todo el mundo.

Había un silencio tan grande, que parecía que alguien iba a dar con la batuta en un atril; pero nada, ni un pitido, ni una orden, un silencio asombrado. Después de haber oído bien el silencio, se percibía el tenue siseo de una cañería rota, que lo imponía más.

Las cosas esperaban al hombre, como todas las mañanas; lo esperaban angustiadas, sin comprender nada, destemplándose. Máquinas, casas, calles, ciudades, en espera, a punto de echarse a llorar.

Por las calles volaban frases últimas en busca de un oído, y sombras de cuerpo, sin gmo, corrían en su busca hasta encontrar la muerte al mediodía. Las alcantarillas daban el último suspiro de la ciudad.

La Torre Eiffel, cruzando la boca de París, imponía el silencio de Occidente; el Sena corría de puntillas. De las estaciones habían salido todos los trenes. Era el 1.º de Mayo de la muerte. Los muertos dormían.

Los carteles aumentaban el drama, prometiendo lo que ya no se podría dar: retratos de actores y actrices desaparecidas, y las 100 "girls", 100!, del Casino, que habían caído en fila como soldados de plomo.

Sólo había vida en los relojes que tienen cuerda para muchos años, y sus tic-tac eran los puntos suspensivos después de la palabra vida. A cada hora se ponían a sonar como unos tontos, recordando la hora que era a nadie, y a lanzar señales de auxilio con su telégrafo de banderas. Los segundos eran el pulso de la Tierra.

Un despertador que aguardaba el momento de dar su broma se desbordó en la habitación de Susana, tan violentamente, que la muchacha se incorporó.

Susana no había muerto, porque alguien había de ser el último en morir, y ese era precisamente su caso. Ella había seguido su vida ordinaria a través de la catástrofe. Por la noche había bailado y bebido en el mismo cabaret de siempre, y casi siempre había vuelto a su casa en compañía de un señor que nunca era el mismo.

No leía periódicos y sólo se levantaba para ir a su cabaret; el mundo, para ella, terminaba allí, en la puerta que da a las cocinas.

La noche anterior sólo habían sido seis o siete; faltaba el dueño y dos o tres parroquianos. A Susana no le había importado volver sola, porque al día siguiente quería levantarse temprano para ir a comprarse unos zapatos.

El despertador seguía gruñendo en el suelo, tratando de incorporarse, y eso acabó de desvelar a Susana, que miró a su lado para ver si había alguien y luego se levantó.

Susana, pensando que era el primer día que salía temprano a la calle y que iba a pasearse por tiendas y calles, quiso esmerar su "toilette", eligió sus mejores medias y se pasó una hora larga ante el espejo maquillándose.

Mientras tanto, la hierba aplastada por la ciudad, dándose cuenta de lo ocurrido, pugnaba por levantar su losa.

Susana salió a la calle. Parece domingo—pensaba, al notar el silencio.

Caminaba sin darse cuenta del drama. Miraba a derecha e izquierda antes de cruzar las calles. No se daba cuenta de su soledad, a causa del reflejo de los escaparates, que multiplicaban su imagen y le producían sensación de multitud. Era como si una amiga fuese con ella. Entró en los Grandes Almacenes. Las altas bóvedas infladas de silencio parecía que iban a subir.

En los mostradores estaban los últimos retales con el último sobo humano. Los cartones con los precios eran las esquelas de las cosas. Susana empezó a sentir miedo y trató de vencerlo, haciéndose la distraída, interesándose en los objetos expuestos.

Cruzó el patio central tocándolo todo; pero sus tacones hacían tanto ruido que parecía que la seguían. Huyendo de sí misma, caminando de puntillas, llegó al departamento de los trajes de señoras. Allí había docenas de maniqués de cera, y respiró más tranquila porque le parecía haber entrado en una casa donde hubiera una fiesta.

Susana se sentó en una butaca y empezó a hablar. Contaba cosas a las muñecas, teniendo mucho cuidado de no hacerles preguntas. Sin embargo, en los silencios volvía el miedo y los maniqués aumentaban su aspecto de desalmados, de muertos sorprendidos en un gesto difícil.

Susana salió a la calle gritando. Corría en busca de alguien con quien hablar, pedía socorro en las encrucijadas, llamaba a todos los teléfonos para caso de incendio y siempre el silencio negro.

Se sentó en un banco al aire libre; tenía

menos miedo; pero pensó en la noche y comprendió que no podría pasarla en la ciudad, especialmente por las esquinas, que era lo que le hacía echar más de menos a la Humanidad. Aquellas esquinas sin nadie detrás, sin la posibilidad de esconder a nadie.

Susana cogió un automóvil abandonado y partió en busca de alguien. Al principio todavía tocaba la bocina en los cruces, y sacaba la mano en las vueltas; al reflexionar, se indignaba con ella misma, y su mal humor le alejaba el miedo.

Rompió el espejo retrovisor, tiró el sombrero a la calle y se quitó el traje; era su respuesta al estado de cosas. En la plaza de la Opera se quedó completamente desnuda; después entró en la mejor tienda y se puso un abrigo de pieles. Huyendo de la noche en la ciudad, se alejó de ella en automóvil, no sin derribar un quiosco de periódicos llenos de noticias que ya no interesaban a nadie.

II

A 100 por hora regresaba hacia Oriente todo lo que quedaba de la Humanidad, lo que quedaba después de millares de años de la emigración humana en sentido inverso. Era un regreso al hogar; aquel fin de raza se había enrollado las medias por debajo de las rodillas para no romperlas.

Munich, Viena, Budapest; a las ciudades muertas les crecía la barba, y el auto de Susana espantaba perdices en las plazas de la Opera.

Las ruinas traen el otoño, y los pájaros cantaban sobre la ciudad como sólo cantan en octubre húmedo.

En las casas se habían quedado encerradas las moscas, y sus cabezas contra los cristales eran como un reloj más, con cuerda aún.

EL NAVEGANTE SOLITARIO

(Viene de la página anterior.)

magnífica hazaña? ¿Le acompañará a usted alguna mascota?...

Al siguiente día un periódico publicaba, entre elogios y frases hechas, las confesiones del nuevo navegante solitario. Ningún amor más que el mar, ningún amigo más que el mar... La débil figura de gesto ingenuo crecía en el artículo entre puntos y más puntos suspensivos. Sin mascota, en una barcuichuela adquirida a fuerza de sacrificios... Al final, una fecha decía al lector cuándo comenzaría la aventura.

El navegante solitario tuvo que abrirse paso entre la multitud que llenaba la playa. Cuando logró, al fin, llegar a la orilla, un hombre en quien le pareció reconocer al periodista autor del artículo, le señaló con el dedo, dijo sencillamente: «¡Ahí le tenéis!», y muchos gritos de entusiasmo le acogieron.

Se le aproximó un caballero de barba blanca y chaquet de anticuado corte, y rápido, sin que el navegante solitario pudiera impedirlo, le besó en ambas mejillas. Después, el caballero habló durante veinte minutos sin emplear ni uno de ellos en disculpar su entusiasmo. Un gran orador. La Patria se enorgullecía del héroe a quien todos, por adelantado, admiraban ya. ¿Qué mayor prueba de admiración, y hasta de cariño, que aquella despedida! ¿No había en todos los corazones un latir más apresurado y en todos los ojos unas lágrimas de emoción? Tal vez, ¡ay!, el héroe no volviese nunca. Si así fuera, la Patria recordaría su nombre con respeto, con veneración. Caballero del ideal, presto a morir en la empresa difícil...

Un sollozo ahogó la voz declamatoria.

—¡Que no se vaya!—clamó una voz infantil.

—¡Eso, que no se vaya!

—¡Es una locura!

—¡No queremos que muera!

—¡No le dejemos marchar!

—¡Viva nuestro querido héroe!

El navegante solitario, a impulso de unos brazos poderosos, fué elevado sobre la multitud, que, inmediatamente, rodeándole, emprendió la marcha hacia la ciudad.

El navegante solitario se debatía desesperadamente entre sus opresores; en tanto, el caballero de la barba blanca, con acento conmovido, proponía al periodista, autor del artículo:

—La barca la llevaremos al Museo Nacional. ¿No le parece?

Jose SANTUGINI

LA RISA NO PUEDE MORIR

(Viene de la página 2)

nemos que vencer con nuestra vida y nuestra muerte.

Eça de Queiroz proclamó la decadencia de la risa en un período en que nuestra Europa iba a descarriarse por completo, después de tanto tolstoísmo, socialismo y «confort». La decadencia de la risa advino paralela con la decadencia de Occidente profetizada por Spengler. Para los que creemos que nuestra Europa occidental y querida no marcha hacia el ocaso, sino hacia otra plenitud, hemos de comprobar con júbilo, leyendo y releendo «La Codorniz» y sus congéneres, que ni la risa ni la carcajada—jamás—mueren.

Juan APARICIO

En las torres de las iglesias, las campanas eran bailarinas ahorcadas.

A la Tierra se le había quitado la fiebre y descansaba tranquila; nacieron árboles y nacieron piedras. Se movió lo inanimado, y los continentes, al notar que no había nadie para corregirlos, cambiaron de estructura.

Los mapas en las escuelas desiertas, tomaron pátina de grabado antiguo. Una estrella bajó a mojarse las puntas en el mar.

Entonces Inglaterra, no pudiendo resistir el sonrojo ante el caos, se hundió en el agua.

Poco a poco había ido perdiendo el miedo y ahora distraía su rauda huida cantando cuplés del bulevar.

Así llegó a Constantinopla, donde los perros habían muerto sobre las tumbas de los turcos.

Por esa calle que indudablemente lleva a Asia, Susana enfiló su automóvil. En medio del puente tuvo que detenerse. Había una bicicleta tirada a través del paso. Un caballero inflaba un neumático.

—A su edad podría usted saber no interrumpir la circulación—dijo Susana enfadada.

El caballero cesó en su tarea y miró a la muchacha, que se echó a llorar.

Juntos siguieron el viaje; el desierto sonreía como el que está de vuelta de las cosas.

El caballero, profesor de Historia, hacía grandes gestos de mano. Citaba grandes nombres inmortales, que sonaban extrañamente en aquella desolación. Explicó a Susana el ciclo de las civilizaciones y tuvo frases de elogio para los griegos.

Susana poseía un concepto menos amplio de la Humanidad. Sus grandes admiraciones eran para una prima suya, casada con un hombre que se emborrachaba mucho, pero que estaba empleado en la Dirección del Catastro. Esa prima hacía unos bordados como nadie en París, y en cuanto a coger un punto en una media, no había quien la igualase... La conversación de los dos últimos humanos quedaba detrás del automóvil, vibrando un momento, para caer después y confundirse con la arena.

El aire ceñía el fino tul al cuerpo de Susana.

—¿No le da a usted pena—preguntó ésta—pensar que somos los últimos?

—Tal vez tenga remedio—contestó el caballero galantemente.

Hubo un silencio embarazoso y llegaron a la confluencia del Tigris y el Eufrates. Allí se les terminó la gasolina.

Se sentaron en el suelo buscando temas de conversación; el caballero era el que los encontraba con más facilidad, diciendo de vez en cuando:

—Pues, sí; eso de que somos los últimos es porque queremos, señorita...

Y en esas estaban cuando llegó Dios con su túnica y su barba de siempre; junto a El, el ángel de la espada de fuego. Venían del Paraíso terrenal, que está allí mismo.

Susana no lo reconoció al pronto.

—¿Quién es usted?—fué lo primero que le dijo.

Dios estaba sonriente, lleno de buena voluntad.

—¿Qué hacéis aquí?—preguntó, y a su voz se hizo el eco donde no lo había.

—Señor—balbució el caballero—. Yo soy alemán, luterano. Esta señorita es francesa y católica; nosotros...

Dios interrumpió cortésmente:

—Ustedes me dispensarán si les digo que no entiendo nada de esto. Quiero saber qué hacen ustedes fuera del Paraíso, que es más bonito y más agradable que este descampado.

El ángel terció: —Señor, los expulsé porque se comieron la manzana.

Dios: —¿Qué manzana?

Y el ángel, con un guiño: —La manzana.

Dios rió de buena gana, y, como en el fondo es bueno, les empujó suavemente, diciéndoles:

—Vaya, vaya; veo que han interpretado con demasiada severidad el reglamento; volved a entrar, hijos, y aquí no ha pasado nada.

Y una brisa nueva remozó el planeta, mientras Eva entraba quitándose el abrigo.

Aquella tarde...

He aquí un hermoso cuento de amor, de dolor y de eso

Por TONO

CAPITULO PRIMERO

ERA una bella tarde de esas. El sol estaba en la parte de arriba y el suelo estaba en la parte de abajo. Los árboles estaban debajo de los pájaros, la tierra estaba debajo de las vacas y el aire estaba por todas partes como hacen todos los aires que están en el aire.

Era una bella tarde de esas y, sin embargo...

Don Felipe paseaba por encima del campo con sus dos piernas, que tenía para eso; primero adelantaba una, después la dejaba atrás y adelantaba otra, que era igual, pero era otra. De pronto sintió un ruido entre el follaje y avanzó con las dos piernas de una vez.

El espectáculo que se le presentó ante sus dos ojos fué un espectáculo que se le presentó ante sus dos ojos; ella, su amada, estaba allí, con otro hombre, que seguramente, no era él, porque iba vestido de domador, ni de torero, ni de buzo, ni de veterinario. No; seguramente no era él, porque el que estaba con ella no tenía bigote, ni barba, ni moño, ni tía Asunción. Indudablemente, aquél era otro. Y una horrible sospecha empezó a flotar por el aire y se posó sobre la cabeza que tenía debajo de su flamante sombrero de copa.

—¡María!—exclamó con voz estentórea el infortunado infortunado.

—¿Qué?—respondió el domador, o lo que fuera, con voz no estentórea.

—¡Caballero! No me dirijo a usted, a quien no conozco; me dirijo a mi amada, que es esa señora rubia, ni alta ni baja, ni gorda ni delgada, que está a su lado.

—Como había usted dicho María...

—Sí, he dicho María. ¿Está mal dicho?

—No; pero es que yo también me llamo María—respondió el caballero que iba vestido de domador, o de torero, o de húsar, o de lo que fuera.

Don Felipe reflexionó durante media hora, y después dijo:

—Yo creo que para aclarar este equívoco debemos irnos a una casa, porque aquí nos vamos a llenar de hormigas.

—Me parece muy propio—respondió el torero, o magistrado, o lo que fuera.



Y los tres, cogidos con sus cuatro manos, se dirigieron con sus seis piernas a casa del tío de ella, que también tenía otras dos piernas en los pies.

Al llegar a la casa, María, la mujer, que no había dicho "esta boca es mía", o "esta boca es de usted", o "esta boca es de este señor", dijo inocentemente:

—Ya estamos en casa.

Los dos se miraron mutuamente. Don Felipe miró al domador, o futbolista o lo que fuera, y el futbolista, o el domador, o lo que fuera miró a D. Felipe. Cuando ya se habían mirado mutuamente, dejaron de mirarse mutuamente y subieron la escalera, también mutuamente, pero un poco menos.

La casa era una bella casa; las cortinas colgaban del techo; el suelo estaba debajo de las alfombras; las puertas se podían abrir y cerrar, cogiéndolas por un picaporte que tenían para eso, a la altura de la mano, siempre que la mano no estuviera a una altura excesiva.

Una vez dentro de la casa, D. Felipe

quiso hablar para decir no sé qué del amor; pero el húsar, o el domador, o qué niño muerto, exclamó:

—Antes de aclarar nada, vamos a tomar sendos cafés con leche.

A todos les pareció muy bien la idea, y María, la mujer, que era muy María mujer de su casa, sacó tres sendos cafés con leche, que los tres se pusieron a beber por la boca, como hacen las personas bien educadas. Cuando D. Felipe se hubo bebido su sendo café con leche con su boca, se dirigió a los otros, que también se habían bebido su sendo café con leche con la boca, y les dijo:

—¿Me quieren ustedes aclarar esto?

—¿El qué?—preguntó el domador, o ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, o lo que fuera.

—Esto—replicó D. Felipe, poniéndose de pie sobre el suelo.

Al oír esta frase, María la mujer, perdió el conocimiento y fué a desplomarse, pero gracias a la pericia que tenía en el bolsillo el húsar o lo que fuera, no llegó

a desplomarse, y quedó asida por el torero o lo que fuera, que también sabía asir.

Hubo un silencio que duró un martes y la noche del miércoles siguiente. Mientras tanto, el domador o lo que fuera seguía asiendo a María, la mujer, por donde se asen esas cosas. El tío de María, del cual no hemos hablado antes porque no hemos querido, dormía sentado en un sofá. Don Felipe rompió el silencio aquel diciendo:

—Bueno, ¿aclaramos esto o qué?

—Qué—respondió el picador o lo que fuera—. Pero antes haga usted el favor de sostener un rato a esta señorita, para que yo pueda echar un cigarro.

Hubo otro silencio, durante el cual, el eso o lo que fuera echó un cigarro, mientras D. Felipe sostenía a María, la mujer, que seguía empeñada en desplomarse sin ninguna necesidad.

—¿Cuánto cree usted que pesará?

—dijo de pronto D. Felipe.

—No sé; pero bastante. Yo casi no puedo ni levantar el brazo.

—¿No se le habrá a usted roto la pericia?

—No sería nada extraño.

—¿Y no cree usted que sería mejor que dejáramos a esta señorita encima de su tío, que es su sitio, y nos vayamos a aclarar esto a un café?—propuso D. Felipe o lo que fuera.

—Me parece perfecto.

Entre los dos dejaron la preciosa carga sobre el tío, que seguía durmiendo sobre el sofá, y se pusieron a hacer reflexiones con sus pericias, que se habían quedado entumecidas. Después bajaron la escalera de la casa y se dirigieron al café más cercano, que estaba bastante lejano. Ya en el café, volvieron a pedir sendos cafés; pero ya se habían acabado los sendos y tuvieron que tomar café solo.

—¡Por fin ha llegado el momento de aclarar esto!—exclamó D. Felipe con una voz potente que le salía por la boca.

—Pero ¿qué es lo que quiere usted aclarar?—preguntó el domador, o radioescucha, o lo que fuera.

—¿Qué voy a querer aclarar?—gritó D. Felipe—. Quiero saber por qué usted también se llama María.



EL AMIGO DE EL Y ELLA

(CUENTO PERSA DE LOS PRIMEROS PADRES)

Por MIHURA

EL y Ella estaban muy disgustados en el Paraíso porque en vez de estar solos, como debían estar, estaba también otro señor, con bigotes, que se había hecho allí un hotelito muy mono, precisamente enfrente del árbol del Bien y del Mal.

Aquel señor, alto, fuerte, con espeso bigote y con tipo de ingeniero de Caminos, se llamaba D. Jerónimo, y como no tenía nada que hacer y el pobre se aburría allí en el Paraíso, estaba deseando hacerse amigo de El y Ella para hablar de cualquier cosilla por las tardes.

Todos los días, muy temprano, se asomaba a la tapia de su jardín y les saludaba muy amable, mientras regaba los fresones y unos arbolitos frutales que había plantado y que estaban ya muy majos.

Ella y El contestaban fríamente, pues sabían de muy buena tinta que el Paraíso sólo se había hecho para ellos y que aquel señor de los bigotes no tenía derecho a estar allí y mucho menos de estar con pijama.

Don Jerónimo, por lo visto, no sabía nada de lo mucho que tenía que suceder en el Paraíso, e ingenuamente, quería hacer amistad con sus vecinos, pues la verdad es que en estos sitios de campo, si no hay un poco de unión, no se pasa bien.

Una tarde, después de dar un paseo él solo por todo aquel campo, se acercó al árbol en donde estaban El y Ella bostezando de tedio, pero siempre en su papel importante de El y Ella.

—¿Se aburren ustedes, vecinos?

—les preguntó cariñosamente.

—Pchs... Regular.

—¿Aquí no vive nadie más que ustedes?

—No. Nada más. Nosotros somos la primera pareja humana.

—¡Ah! Enhorabuena. No sabía nada—dijo D. Ricardo—. Y lo dijo como si les felicitase por haber encontrado un buen empleo. Después añadió, sin conceder a todo aquello demasiada importancia:

—Pues si ustedes quieren, después de cenar, nos podemos reunir y charlar un rato. Aquí hay tan pocas diversiones y está todo tan triste...

—Bueno—accedió El—. Con mucho gusto.

Y no tuvieron más remedio que reunirse después de cenar, al pie del árbol, sentados en unas butacas de mimbre.

Aquella reunión de tres personas estropeaba ya todo el ambiente del Paraíso. Aquello ya no parecía Paraíso ni parecía nada. Era como una reunión en Recoletos, en Rosales o en la Castellana. El dibujante



que intentase pintar esta estampa del Paraíso, con tres personas, nunca podría dar en ella la sensación de que aquello era el Paraíso, aunque los pintase desnuditos y con la serpiente y todo enroscada al árbol.

Ya así, con aquel señor de los bigotes, todo estaba inverosímilmente estropeado.

...

El y Ella no comprendían, no se explicaban aquello tan raro y tan fuera de razón y lógica. No sabían qué hacer. Ya aquello les había desorganizado todos sus proyectos y todas sus intenciones.

Aquel nuevo y absurdo personaje en el Paraíso les había destrozado todos sus planes; todos esos planes que tanto iban a dar que hablar a la Humanidad entera.

La serpiente también estaba muy violenta y sin saber cómo ni cuándo intervenir en aquella representación, en la que ella desempeñaba tan principal papel.

Por las mañanas, por las tardes y por las noches D. Jerónimo pasaba un rato con ellos, y allí sentado, en tertulia, hablaban muy pocas cosas y sin interés, pues realmente, en aquella época, no se podía hablar apenas de nada, ya que de nada había.

—Pues, si...—decían.

—Eso.

—¡Ah!

—Oveja.

—Cabra.

—Es cierto.

De todas formas no lo pasaban mal. El y Ella, poco a poco, distraídos con aquel señor que había metido la pata sin saberlo, fueron olvidando que uno era El y la otra Ella. Y hasta le fueron tomando afecto a D. Jerónimo, que, a pesar de todo, era un hombre simpático y rumboso. Y los tres juntos hacían excursiones por los ríos y los valles y reían alborozados de vivir allí sin penas, ni disgustos, ni contrariedades, ni malas pasiones.

...

Una vez D. Jerónimo les preguntó:

—Ustedes ¿están casados?

Y ellos no supieron qué contestar, ya que no sabían nada de eso.

—¿Pero no son ustedes matrimonio?

—No. No lo somos—confesaron al fin.

—Entonces, ¿son ustedes hermanos?

—Sí, eso—dijeron ellos por decir algo.

Don Jerónimo, desde entonces, menudeó más las visitas. Se hizo más alegre. Presumía más. Se cambiaba de pijama a cada momento. Empezó a contar chistes. Y Ella se reía con los chistes. Empezó a llevarle vacas a Ella. Y Ella se ponía muy contenta con las vacas.

Ella tenía veinte años y además

era Primavera. Todo lo que ocurría era natural.

—La quiero a usted—le dijo don Jerónimo a Ella un atardecer, mientras le acariciaba una mano.

—Y yo a usted, Jerónimo—contestó Ella, que, como en las comedias, su antipatía primera se había trocado en amor.

A la semana siguiente, Ella y aquel señor de los bigotes se habían casado.

Al poco tiempo tuvieron dos o tres chiquitines que en seguida se pusieron muy gordos, pues el Paraíso, que era tan sano, les sentaba admirablemente.

El, aunque ya apreciaba mucho a D. Jerónimo, se disgustó bastante, pues comprendía que aquello no debía haber sido así; que aquello estaba mal. Y que con aquellos niños jugando por el jardín aquello ya no parecía Paraíso, ni mucho menos, con lo bonito que es el Paraíso cuando es como debe ser.

La serpiente, y todos los demás bichos, se enfadaron mucho igualmente, pues decían que aquello era absurdo y que por culpa de aquel señor con pijama no había salido todo como lo tenían pensado, con lo interesante y lo fino y lo sutil que hubiese resultado.

Pero se conformaron, ya que no había más remedio que conformarse, pues cuando las cosas vienen así son inevitables y no se pueden remediar.

El caso es que fué una lástima.

SI

REDACCION
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE
"ARRIBA"

¡Aquél sí que era un amor imposible!

Por CARLOS ALCARAZ

HACE muchos años que conozco al señor Tomás. El a mí menos. El señor Tomás es un guarda del Retiro del más puro estilo renacimiento: botas de elástico, gorra curtida como la cara, bigote caído de maceta, cara curtida como la gorra, ojos de color agua estancada y andares de hombre que siempre está de paseo. Debajo del labio superior tiene otro más grande y entre los dos una especie de divieso con sabor de colilla, al que aplica una mecha para ver si explota.

Nunca pasa nada.

Cuando llega este tiempo me gusta dar una vuelta por el Retiro. Ya sé que todo está igual; pero esa morbosa sensación de ver a los árboles desnudos mientras yo siento el cosquilleo de mi camiseta de manga larga, no me la quita nadie. Además, el Retiro es un archivo romántico, que en las cortezas de los árboles tiene impresas las fichas de amores sublimes: «Juliana», «Paco», «M. B.», «Maria Sierra», «Antonio González, Madrid».

¿Quién no adivina en estos nombres y palabras momentos de éxtasis, de lirismo, de avellanas tostadas?

Momentos en que ella abandonó la cabeza en el hombro lleno de guata del amado, mientras que éste, con un gran espíritu de artesanía, sacó el cortaplumas y escribió en el árbol el nombre y los dos apellidos de su novia. La blandura de la guata dejó a ella sumida en un sueño perfumado, de amor infinito.

Mientras tanto, él siguió con el cortaplumas grabando el poema de su profunda pasión; tan profunda, que el árbol llegó a tambalearse.

Los árboles, helados, estremecidos, escucharon la tierna despedida:

—¿Qué hora tienes, mi vida?

—Las ocho.

—Pues como vayas bien no llego al aceite.

El jueves último era un día dulce, suave, azul. Me fui al Retiro. El señor Tomás, el guarda montañés, contemplaba el viejo lago, dulce, suave, azul...

—Buenos días, señor Tomás—saludé.

—Buenos los tenga. ¿Ha venido a dar un paseo por aquí?

—Sí, señor; y, por lo que veo, usted también.

—¡Oh, po! Yo cuando salgo de paseo me quedo en casa.

—Claro; no había caído. Le aburrirá esto de tanto verlo. ¿Cuánto tiempo lleva usted de guarda?

—Treinta años en el Retiro y siete en casa.

—¿En casa?

—Sí; allí estuve de guarda hasta que se me marchó la Petra. Me dejó por culpa de un corredor.

—¿De comercio?

—No, señor; de mi casa particular, que es una leonera. No le gustaba aquello.

—Puede usted haberse mudado.

—¿Para qué? Ya se mudó ella.

El señor Tomás arruga media cara para demostrar que sabe reír. Después embalsama el ambiente con su mecha.

—Treinta años en el Retiro! ¿Lo que habrá visto en ese tiempo!—exclamo.

—Antes sí; ahora menos.

—¿Es que no viene gente?

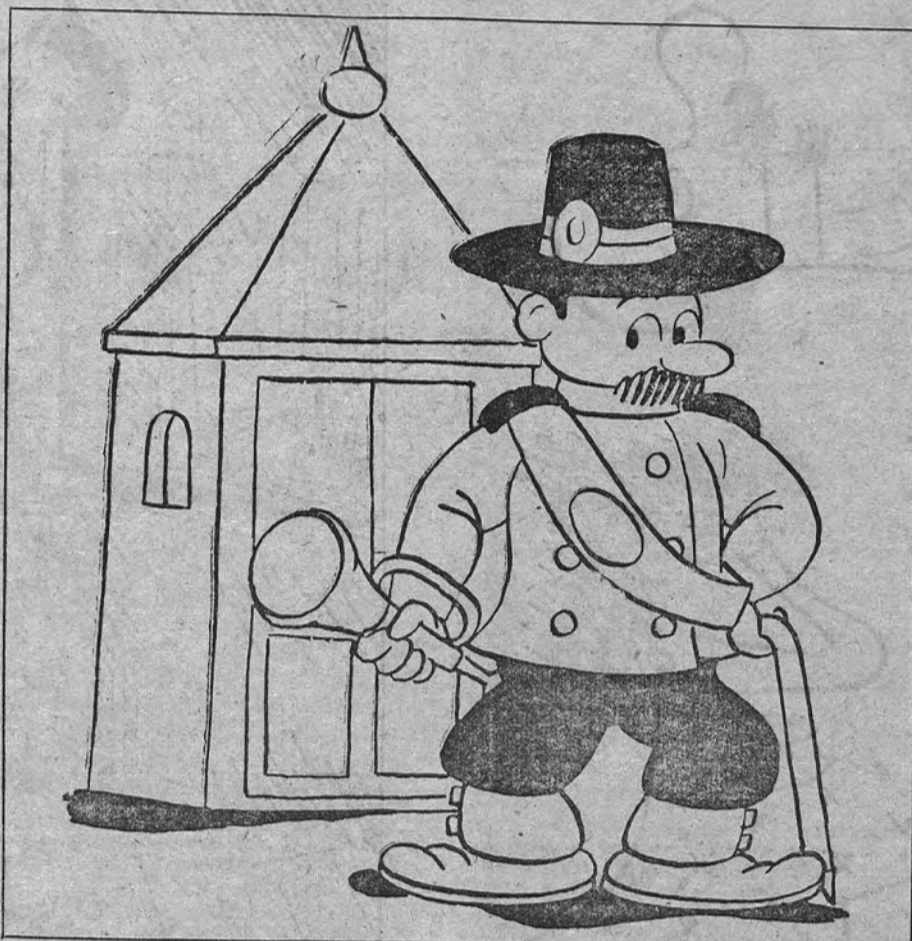
—Es que tengo la vista cansada.

—De tanto pasear; es natural. ¿Y qué público es el más frecuente?

—¡Pchs! Niñeras, soldados, estudiantes, modistas y enamorados de todas clases.

—¿Cuáles le llaman más la atención?

—A mí, ninguno. Yo soy el que les llamo la atención a ellos.



—Olvidaba que usted, señor Tomás, es guarda.

—No me extraña. ¿A tantos se les olvida! A veces me parece que estoy en el cine.

—¿Por los enamorados?

El señor Tomás levanta las cejas hasta la visera, que es un gesto muy de guarda:

—No; por la oscuridad.

—Cuénteme alguna historia de amor. Usted conocerá muchas.

—Muchas, sí, señor. Venga; daremos una vuelta, y acaso le cuente alguna.

Abandonamos el lago. Como está tranquilo, la presencia del guarda no es necesaria.

Al llegar a un paseo como otro paseo, el señor Tomás me detiene:

—Fíjese en el respaldo de ese banco. ¿Ve usted grabado un corazón?

—¿Este de la punta?

—No, hombre; eso es una bicicleta. Aquel de allá que parece un melocotón.

—¡Ah, sí! ¿Que tiene dos palos atravesados?

—Sí; pero no son dos palos. Es la inicial de ella, que se llama Vicenta. Bien; pues ese corazón lo puso un individuo que se sentaba aquí en compañía de una señorita muy espiritual, a juzgar por las medias, y muy bien vestida, a juzgar por los ojos.

Parecían tan enamorados que decidí observarlos de cerca y me disfracé de arbusto. Un día vi que él le entregaba cien pesetas. Ella estaba muy apurada. Le daba mucha vergüenza. Algo muy grande le había ocurrido para aceptar el préstamo del galán. Lloró mucho. Él, enternecido, al dar el billete lloró también.

Después de aquel día se repitió la esce-

na del billete con frecuencia. A pesar de que él reducía cada vez más la cantidad, Vicenta lloraba siempre lo mismo. Parecía más acostumbrada a llorar que a pedir. Llegó un día a llorar por siete pesetas.

Allí había un terrible drama, del que me fui enterando. No se podían casar. Un hombre a quien Vicenta entregó su corazón y una cartilla de ahorros se había marchado, dejándola cuatro criaturas de fianza. Era un hombre sin entrañas. Por ella no le importaba, pero a los niños les hubiese venido muy bien la cartilla. Los tenía en un pueblo con la abuela, una pobre mujer llena de prestigiosas enfermedades. Un día que el niño mayor se puso muy mediano aquel hombre salió a buscar un específico.

Desde Almería escribió a los dos años que seguía sin encontrarlo; pero no le importaba gastar diez años más en su captura. Los hijos ante todo.

En cuanto al galán, era otro drama tan terrible como el de Vicenta. En otro estilo, claro. Este era más de Torrado. Sus padres le casaron a la fuerza con una rica heredera de Galicia que tenía úlcera pilórica. A él le gustaba mucho más Galicia; pero como no le permitieron elegir, tuvo que casarse con la señorita.

Después tuvieron una niña, fea como su abuelo Gabriel.

Por si esto era poco triste, lo del dinero fué un engaño. Después de continuos disgustos, se separaron. A la niña le dejaron en Palencia, para que les costase menos el tren.

Entre los amores imposibles, aquél era el Manotele!

Ese banco lo ablandaron de tanto llorar. Una tarde otoñal él no acudió a la cita, ni fué al banco, ni trajo dinero.

Vicenta, con esa valentía que las almas sensibles ponen en los trances difíciles y en la desinsectación de una cama, consultó su reloj y, sin ahogar el más leve sollozo, exclamó:

—¡Vicenta, esto ya está visto!

A los diez minutos se marchó para no volver.

* * *

—¿Y no los ha visto más?

—Mucho. Los dos son buenos amigos míos y vienen por aquí. Vicenta suele llorar ahora por la parte del Parterre. Como es buena cómica, nunca le falta compañía. El año pasado tuvo grandes éxitos de taquilla.

—¿Y qué hace con los hijos?

—Pero si jamás los tuvo!

—Entonces, ¿él fué la víctima?

El señor Tomás dibuja tres arrugas al lado del ojo izquierdo:

—¡No me haga reír! ¿Víctima don Ricardo (pues se llama don Ricardo)? Es el hombre más feliz del mundo. Ahora le tendrá usted por el Paseo de Coches, con su mujer y los chicos.

—¿Con la gallega?

—¿Qué gallega! Con la señorita de Bermúdez, que era su ilusión. Esta señorita se sentaba en aquel banco de enfrente, y como no hacía mucho caso a don Ricardo, éste decidió conquistarla por los celos y el amor propio.

—Eso tiene gracia, señor Tomás.

—¡Si yo le contase otras aventuras!

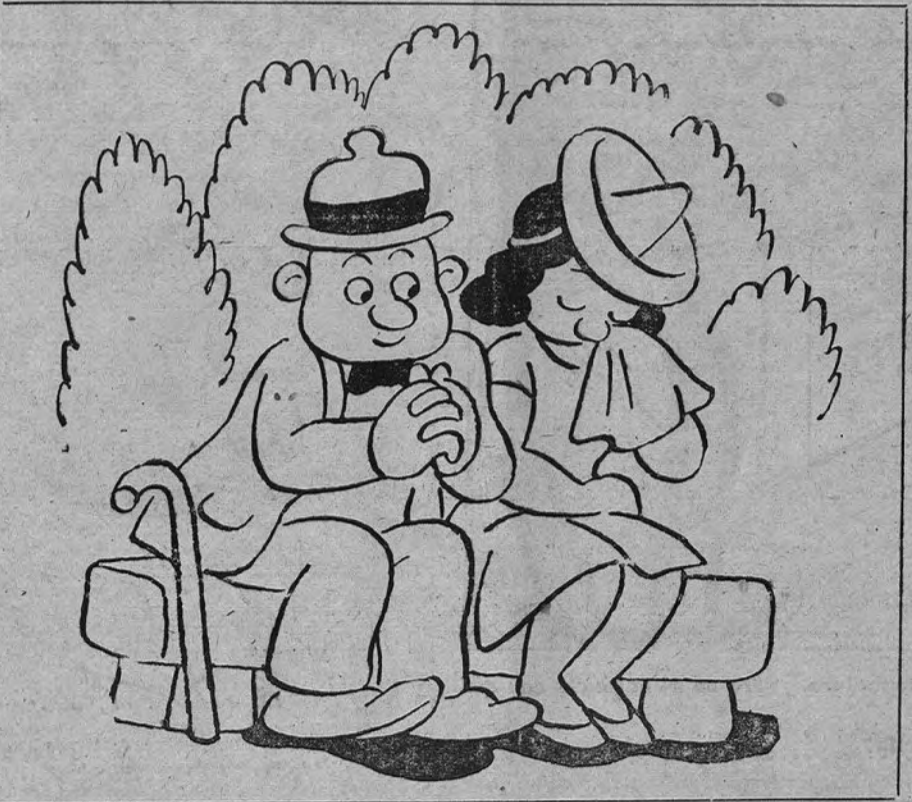
—No, por favor; me hacen daño. Yo soy un sentimental.

—Pues junto a la estatua de Recesvinto tiene usted a una viudita muy triste.

—Esa ya me conoce. Al que no conoció nunca fué al marido.

—¿Y llora?

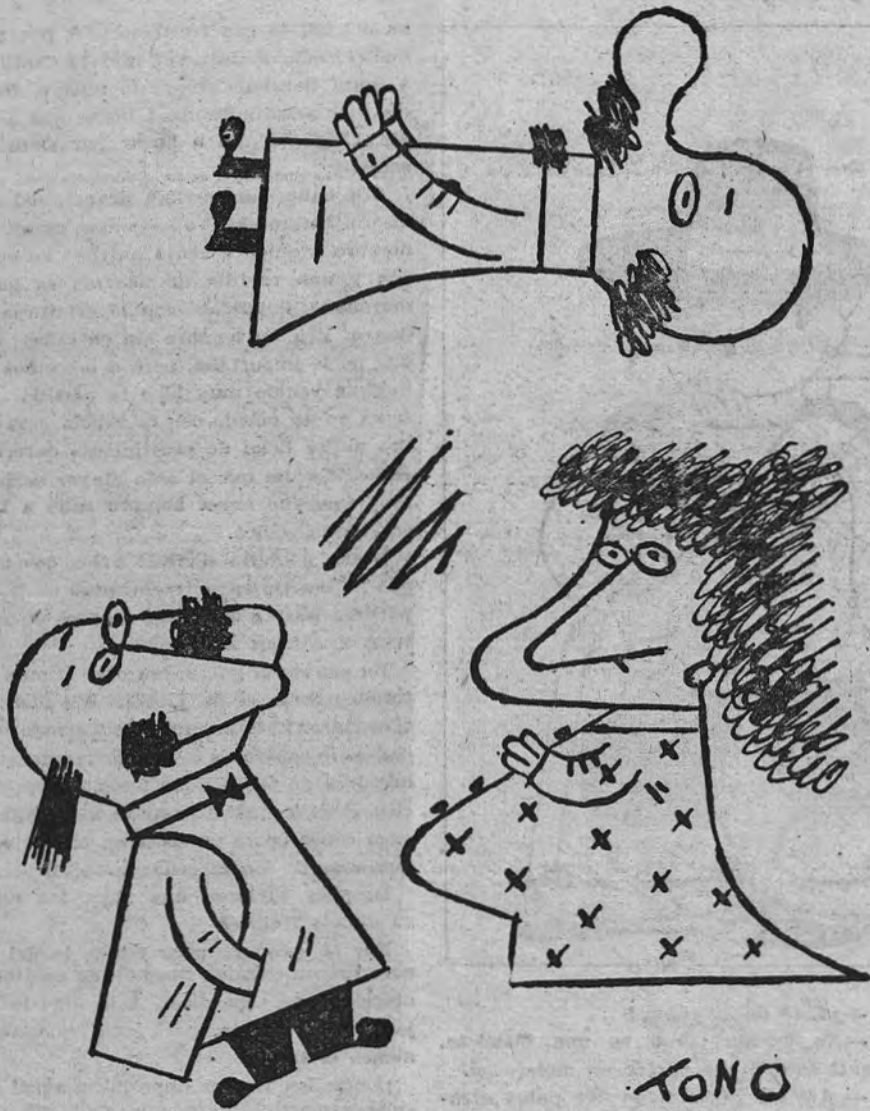
—Pero gratis, señor Tomás. ¿Está todo tan malo!



CUATRO CHISTES

Uno de tontos

Por TONO



—No le haga usted caso: es que es tonto.

Cacharrera por trapos

Por ASIRIO



—¿Veinte duros?... ¡Ni un tazón!

Casa de empeño

Por KIN



—Bueno, hombre, le tomaré la dentadura. ¡Pero no sé entonces con qué va usted a comer!

—¡Con lo que usted me dé por ella!

Uno de amor

Por BELLON



La gitana enamorada